

De Alborea

Conferencia de don Juan Mañas.

(CONTINUACIÓN)

Espíritu patriótico.

No solamente, señores, hace falta en España educar en sentido religioso y cristiano, hace falta también educar en sentido patriótico.

Hace falta despertar y avivar en las almas, el ideal sublime Patria.

Yo quisiera en esta tarde, que mi verbo, cual mágica corriente eléctrica, tocara todos los corazones españoles para que nunca se repitieran aquellas tristes y horrorosas escenas que tuvieron lugar en Barcelona, Zaragoza y últimamente en Málaga, que por sí solas son el deshonra y desprestigio de una nación.

Hace falta espíritu patriótico; «esa virtud del hombre civilizado» como dice el Catecismo del ciudadano publicado por el Directorio militar, Catecismo que debieran tener todas las familias para leerlo y explicarlo todos los días en la Escuela y en el hogar, «porque el patriotismo es el alma y la vida de las naciones y los pueblos».

Cuando ya con el alma en los labios pronuncio la palabra «Patria» la alegría y la más inenarrable de las emociones me hace temblar, porque en aquel momento toda la Historia de España venturosa ó adversa como cinta cinematográfica desfila ante mis ojos dilatados por el asombro. Siento correr por mis venas la sangre de aquellos héroes que se llamaron Ruiz Díaz de Vivar, alcalde

de Móstoles, cabo Nobal y el marqués de Santa Cruz, guerrero inmortal en Flandes. Recuerdo que en un rinconcito pobre, pero honrado y virtuoso, de esta hidalga y caballerosa tierra de Albacete donde por dicha nací, vieron mis ojos ondear la misma bandera gloriosa que onduló en Asia, en África y en Oceanía; que cuando me hice mozo juré defenderla con mi inteligencia, con mi sangre y con mi vida y una vez sacerdote ratifiqué ese juramento entre mi conciencia y Dios, jueces inexorables que maldicen á los perjuros de la Patria; que para esa bandera fué pequeño el Sol, necesitando para iluminarla la luz de los trópicos y los estampidos de sus truenos con salvas de honor á su paso triunfal y vencedor; que no bastó para besarla el movimiento suave y acariciante de la brisa sino que fué necesario el empuje de los tifones del Archipiélago filipino y las ráfagas huracanadas del Caribe y entonces le dije al Sol: no tienes rayos para alumbrarla; y á los truenos: no tenéis estampidos para saludarla.

Y cuando en tropel rumoroso se agelaron en mi mente los versos dulces como trinos de ruiseñor y la prosa alegre como cantos de alondra mañanera de Garciloro de la Vega, del Arcipreste de Hita, de Rodrigo Caro, de Francisco de Rioja, de Lope de Calderón y de Zorrilla, de Cervantes, de Quevedo, de Mariana de Melo, de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, salieron á raudales de mis labios las armonías en que escribieron aquellos versos dulces

y aquella prosa inimitable. Cuando me repliego en mi alma de cristiano y de sacerdote y veo las agujas inmortales de la Catedral de Burgos, «oraciones petrificadas» como dice un poeta, las columnas marmóreas de la Mezquita de Córdoba, la divisa del Alhambra en uno de los frentes de la Alhambra de Granada: «Dios sólo es vencedor»; la Giralda de Sevilla por donde sube al cielo el alma alegre y la gracia de los andaluces y San Lorenzo del Escorial, octava maravilla del mundo, caigo de rodillas para adorar nuestro Dios, el Dios de los españoles. Y cuando interrogo á mi alma y mi alma me contesta: Eres hijo de aquellos guerreros, capaz de repetir sus hechos; hijo de aquellos poetas y de aquellos sabios, capaz de llegar donde ellos llegaron; hijo de esos templos, capaz de subir como Ignacio de Loyola, José de Calasanz y Teresa de Jesús la resbalosa montaña de la perfección cristiana, me siento abrumado y confuso bajo el peso de la Historia de España, de tan nobilísima ascendencia, y me enorgullezco pensando, que por haber nacido en España y ser español, era mía también, la gloria de aquellos héroes, la ciencia de aquellos sabios, la virtud de aquellos santos. (Aplausos).

Religión y Patria.

La Religión y la Patria han sido siempre las dos grandes ruedas de la humanidad.

Religión y Patria son dos amores que se funden en uno solo, como dos destellos de luz cuando se besan, como dos

notas de un mismo cantar, como dos latidos de un mismo corazón, como dos suspiros de una misma alma. Dos amores que son bálsamo consolador en el infortunio, freno en la dicha y aliento y energía en los decaimientos del espíritu. Dos arroyos que van al mismo Océano pasando por diferentes campiñas, dos corrientes que bajan de la misma altura: el amor á Dios y el amor á la Patria, el amor á la Cruz y el amor á la Bandera.

La Reconquista.

Abrid ese gran libro que tienen todas las naciones, en el que se ve lo pasado, se escribe lo presente y comparando lo presente con lo pasado, llega alguna vez á rasgar el velo tras del que se oculta lo futuro y en él veréis que fueron nuestros padres los que guardaron entre los valles de nuestras montañas los objetos de esos dos amores purísimos.

Los esfuerzos de la Media Luna que tuvo guerras valientes como pocos; los esfuerzos de aquella morisma que pasó el estrecho de Gibraltar á las órdenes de Tariq por mandato de Muza y dieron el primer trono árabe de España al primogénito de los Abderramanes, último vástago de los Omeyas y que con el empuje de sus huestes guerreras llegó á apoderarse del Sur, del Este y del Oeste de nuestra querida Patria; los esfuerzos de aquellos hombres fanáticos que casi llegaron á las faldas Pirináicas acaudillados por Almanzor; los esfuerzos de aquellos árabes que sobre las ruinas del Imperio godo, vergonzosamente destruido junto á las riberas del